

Afortunadamente quedaba aún café. Mamá Coupeau fué á buscar la sexta copa y Gervasia dejó que Virginia se echara el azúcar, por deferencia. Las obreras se hicieron á un lado, dejando á la recién llegada un espacio junto al hornillo. Virginia tiritó un momento, con la nariz como un tomate, apretando con sus entumecidas manos la copa, para entrar en calor. Venía de la tienda del droguero, donde una se quedaba helada esperando que le despacharan media libra de Gruyere. Y empezó á lanzar exclamaciones sobre el fuerte calor de la tienda; verdaderamente, parecía un horno; aquello era capaz de resucitar á un muerto, tan grato cosquilleo producía en la piel. Después, desentumecida, extendió sus largas piernas. Entonces, las seis paladearon su café, en mitad de la tarea interrumpida, y en la húmeda sofocación de las humeantes ropas. Mamá Coupeau y Virginia eran las únicas que ocupaban silla; las demás, en sus banquillos, parecían sentadas en el suelo, y la bisoja Agustina había extendido el trapo que estaba debajo de las enaguas, para sentarse. Reinó un rato de silencio, metidas las narices en las copas, sorbiendo el café.

—A pesar de todo, es bueno—declaró Clemencia.

Y estuvo á punto de ahogarse, presa de un acceso de tos. Para toser con más fuerza, se apoyaba contra la pared.

—¡Estáis acatarrada de lo lindo!—dijo Virginia.—¿Dónde lo pillasteis?

—¡Qué sé yo!—repuso Clemencia, enjugándose el rostro con la manga.—Habrás sido la otra noche. Se estaban zurrando dos mujeres á la salida del «Grand Balcon». Quise ver en qué paraba la cosa y me quedé un gran rato, sobre la nieve. ¡Qué rociada! Había para morir de risa. Una tenía la nariz arrancada; la sangre corría por el suelo... Cuando la otra, que era una percha como yo, vió la sangre, se largó con sus pescozones y sus bofetadas... Aquella noche comencé á toser. Hay que tener también en cuenta que esos hombres son tan bestias, cuando se acuestan con una mujer, que la desarropan toda la noche.

—¡Preciosa conducta!—murmuró la señora Putois.

—¡Vais á reventar, muchacha!

—¿Y si á mí me agrada reventar? ¿qué?... ¡Vaya una vida divertida! Descrismarse todo el santo día para ganar cincuenta y cinco sueldos, quemarse la sangre desde que amanece hasta que anochece junto al hornillo; no; ¡ya estoy hasta la punta de los pelos!... ¡Por desgracia este catarro no me hará el favor de quitarme del mundo!... ¡Se irá como ha venido!

Hubo un momento de silencio. La bribonaza de Clemencia que, en los bailes, dirigía el chahut con gritos desaforados, entristecía siempre á las gentes con sus ideas de espichar cuando estaban en el taller. Gervasia, que la conocía perfectamente, limitóse á decir:

—¡Poco alegre estáis los días siguientes á vuestras juergas!

La verdad era que Gervasia hubiera preferido que no se hablara de riñas de mujeres. La desazonaba, á causa de la zurra del lavadero, el que la conversación recayese, ante ella, y Virginia, sobre los zapatazos en las piernas y los «disciplinazos de cinco dátiles». Precisamente Virginia la estaba mirando en aquel momento, y se sonreía.

—Ayer he visto—murmuró un solfeo de moños... De veras, se desollaban...

—La comadrona del extremo de la calle y su criada; ya la conocéis, aquella rubita... ¡Vaya una sarnal!... Y le decía á su ama: «¡Sí, sí, has hecho abortar á la frutera y voy á contárselo al comisario, si no me pagas!» ¡Y echaba por aquella boca, que no había más que pedir! La comadrona, entonces, le planta una puñada en pleno hocico, y cata ahí que la maldita zorra salta á los ojos de su ama, y la araña, y la despluma... Por último, fué á menester que el salchichonero se la quitase de entre las «patas».

Soltaron las obreras el trapo á la risa. Después, sorbieron otro traguito de café, con aire socarrón.

—¿Creéis vos que efectivamente la hizo abortar?—preguntó Clemencia.

—¡Vaya! Así ha corrido por el barrio—respondió Virginia.—Ya comprenderéis que yo no me hallaba presente... Por lo demás, esa es cosa del oficio... Todas lo hacen.

—¡Pues bien!—dijo la señora Putois;—es una so-

lemne necesidad confiarse á ellas, para salir una estropeada de sus manos, cuando existe un remedio soberano. Bebiendo cada noche un vaso de agua bendita, trazando al mismo tiempo tres cruces en el vientre con el dedo pulgar, la cosa se marcha por sí sola.

Mamá Coupeau, á quien creían dormida, alzó la cabeza para protestar, diciendo que sabía otro medio, infalible de veras, y consistía en comer un huevo duro cada dos horas y aplicarse un cataplasma de hojas de espinaca en los riñones. Las cuatro mujeres la escuchaban con seriedad. Pero la bisoja Agustina, cuyos arranques de alegría disparábanse por sí solos, sin que jamás se supiese por qué, soltó un cacareo de gallina que era su risa peculiar. Nadie pensaba en ella.

Levantó Gervasia las enaguas y la vió tendida en el trapo, revolcándose como una gorrina, con las piernas al aire. Sacóla de allí y la puso en pie de una bofetada. ¿Por qué se reía, la pava? ¿por qué escuchaba la conversación de las personas mayores? Acto seguido la mandó que fuese á llevar la ropa de una amiga de la señora Lerat á Batignolles. Y mientras hablaba, la puso el cesto debajo del brazo y la empujó hacia la puerta. La bisoja, refunfuñando, sollozando, echó á andar, arrastrando los pies por la nieve.

Entre tanto mamá Coupeau, la señora Putois y Clemencia, discutían sobre la eficacia de los huevos duros y de las hojas de espinaca. Entonces, Virginia, que permanecía pensativa, con la copa de café en la mano, dijo en voz baja:

—¡Pardiez! si una se pega, se abraza después y asunto concluido, cuando se tiene buen corazón.

Y añadió, sonriéndose, inclinada hacia Gervasia:

—No; de veras que no os guardo rencor por lo del lavadero... ¿os acordáis?

La planchadora quedó confusa. Esto era lo que tanto temía. Ahora adivinaba que saldría al tapete Lantier y Adela. El hornillo roncaba, irradiándose de su enrojecido tubo un exceso de calor. En aquella especie de aletargamiento, las obreras, que hacían durar su café para volver á su faena lo más tarde posible, con-

templaban la nieve de la calle con rostros glotonés y lánguidos.

Habían llegado al capítulo de confidencias; decíanse lo que harían si tuviesen diez mil francos de renta; no harían nada, pasándose las tardes enteras calentándose, y escupiendo de muy lejos al trabajo. Virginia se había acercado á Gervasia, de manera que las demás no pudiesen oírla. Y Gervasia se sentía apoltronada, á causa sin duda del excesivo calor, tan apoltronada y tan cobarde, que ni siquiera tenía fuerza para desviar la conversación, y esperaba las palabras de la morena, con el corazón poseído de una emoción de que gozaba sin querer confesárselo.

—Presumo que no os disgusta ¿verdad?—repuso la costurera.—Más de veinte veces se me ha venido á la boca esta conversación. Por fin, ya que de ello tratamos... y sólo por charlar, nada más, pues os repito que no os guardo el menor rencor por lo pasado... ¡Palabra de honor, que no conservo rencor alguno!...

Aquí agitó la copa para mezclar bien el azúcar del fondo, y sorbió tres gotas de una chupadita. Gervasia, oprimida la garganta, seguía esperando y preguntábase si realmente Virginia le había perdonado tan completamente la zurra, pues veía brillar en sus negros ojos chispas amarillas. Aquella endemoniada debía haber guardado su rencor en el bolsillo, tapándolo con el pañuelo.

—Teníais una excusa—prosiguió la morena.—Acaban de jugaros una mala partida, una abominación... ¡Oh! ¡yo soy justa, vaya! y creo que en vuestro lugar habría cogido un cuchillo.

Y bebió tres gotas más, chupeteando el borde de la copa, y abandonando su hablar pausado, añadió rápidamente, sin detenerse:

—Por eso les fueron tan bien las cosas... ¡Dios mío!... Habíanse ido á vivir al quinto infierno, junto á la Glaciere, en una calle sucia donde el barro llega siempre á las rodillas. Dos días después, salí una mañana para ir á almorzar con ellos; ¡vaya una carrera de ómnibus! Pues bien, querida; les encontré dispuestos á despedazarse. Al entrar yo, repartíanse sendos cachetes. ¡Vaya qué enamorados! Ya sabéis que Adela

no vale ni siquiera lo que la cuerda en que ha de parar ahorcada. Es mi hermana, pero eso no quita para decir que es una marrana. Me ha hecho un montón de gorrinadas; sería largo de contar, pues son negocios para arreglar entre ella y yo... En cuanto á Lantier, ya le conoceréis de sobra, y os puede constar que no vale gran cosa. Un señorito que os desuella el trasero por un quitame allá esas pajas... ¡Y á fe que cuando zurra no cierra el puño!... Así, pues, los dos se descostillaban de verdad. Al subir la escalera ya se les oía apalearse. Un día hubo de intervenir la policía. Lantier había querido unas sopas con aceite, una asquerosidad que comen los del Mediodía, y como Adela encontrara repugnante aquello, se tiraron á la cara la botella de aceite, la cacerola, la sopera, todo el terremoto; en una palabra, una escena capaz de poner en revolución á todo el barrio.

Refirió después otras contiendas; el caudal de noticias que sabía de aquella pareja era inagotable, y en él figuraban escenas espeluznantes. Escuchaba Gervasia el relato, sin chistar, pálido el rostro, contraídas las comisuras de sus labios por un pliegue nervioso que parecía una sonrisa. Hacía cerca de siete años que no oía hablar de Lantier. Nunca hubiera creído que el nombre de Lantier, murmurado á su oído, pudiera causarle un calor tal en el hueco del estómago. No, nunca imaginara que pudiese tener una tal curiosidad de lo que había venido á ser de aquel desgraciado, que tan mal se portó con ella.

Ahora, ya no podía sentir celos de Adela; más no dejaba de alegrarse interiormente de sus camorras, veía el cuerpo de su antigua rival cubierto de cardenales, y esto la llenaba de satisfacción. Así, pues, habría permanecido hasta la mañana siguiente oyendo las confidencias de Virginia. No hacía preguntas, por no dar á entender cuánto la interesaba el asunto. Era como si, bruscamente, se llenase un vacío de su vida; su pasado, actualmente, se relacionaba directamente con su presente.

A todo esto Virginia acabó por volver á meter las narices en su copa, saboreando el azúcar, entornados

sus ojos. Y comprendiendo Gervasia que debía decir algo, preguntó afectando la mayor indiferencia:

—¿Continúan viviendo en la Glaciere?

—No—respondió la otra.—¿Pues qué, aún no os lo he dicho?... Hace ya ocho días que no están juntos. Adela recogió una mañana su lío, y os aseguro que Lantier no se ha dado la pena de seguirla.

No pudo la planchadora contener una exclamación; y dijo en alta voz:

—Conque ¡ya no están juntos!

—¿Quiénes?—preguntó Clemencia, interrumpiendo su conversación con mamá Coupeau y la señora Putois.

—Nadie—dijo Virginia,—gentes que no conocéis.

Y examinaba á Gervasia, y la encontraba singularmente conmovida. Acercóse á ella, pareciendo saborear un maligno deleite en su chismográfica tarea. Después, á quemarropa, preguntóle qué haría si Lantier volviese á rondarla de nuevo; porque al fin y al cabo, los hombres son unos bribonazos, y Lantier era muy capaz de volver á sus antiguos amores.

A tal pregunta irguióse Gervasia, mostrando entereza y dignidad. Estaba casada, y pondría á Lantier de patitas en la calle. Entre los dos no podía mediar ya relación alguna, ni siquiera un apretón de manos. En verdad, no tendría ni pizca de vergüenza si volvía á mirar á aquel hombre á la cara.

—Bien sé—añadía—que siendo Esteban hijo suyo, hay un lazo entre los dos que no puedo romper. Si Lantier tiene ganas de dar un beso á Esteban, se lo mandaré; pues es imposible impedir que un padre ame á su hijo... Pero en cuanto á mí, podéis estar segura; señora Poisson, que primero me dejaría hacer tajadas, antes que permitir que me tocase la yema del dedo. Se acabó.

Al pronunciar estas palabras, trazó en el aire la señal de la cruz, como para sellar su juramento. Y ganosa de poner fin á la conversación, fingió desperstar sobresaltada, gritando á las obreras:

—¡Ea, muchachas! ¿creéis que la ropa se plancha por sí sola?... ¡Vaya unas perezosas!... ¡Hala! ¡á trabajar!

No se daban prisa las obreras, embotadas por perezosa

modorra, posados los brazos sobre sus muslos, manteniendo en la mano sus copas vacías, y continuaban su conversación.

—Era la Celestina—decía Clemencia.—Yo la conocía. Tenía la manía de los pelos de gato, veía pelos de gato por todas partes y ponía siempre la lengua así, porque creía tener la boca llena de pelos de gato.

—Yo—repuso la señora Putois,—tuve una amiga que tenía un gusano... ¡y no son poco caprichosos esos animales!... El suyo le retorció el vientre, cuando no le daban gallina. Como comprenderéis, no ganando el marido más que siete francos, todo el jornal se iba en golosinas para el gusano.

—Yo lo habría curado al momento,—interrumpió mamá Coupeau.—Basta con tragarse un ratón asado y el gusano queda envenenado repentinamente.

Gervasia, en tanto, habíase vuelto á abandonar á una plácida indolencia; pero hizo un esfuerzo y se puso en pie. ¡Una tarde perdida holgazaneando! ¡Así no se llenaba el bolsillo! Acto seguido volvió á sus cortinas, pero las encontró manchadas de café, y antes de coger la plancha, hubo de quitar la mancha con un lienzo mojado. Las obreras se desperezaban delante del hornillo y buscaban, refunfuñando, sus cogedores. Clemencia, en cuanto se puso en pie, tuvo tan fuerte acceso de tos, que parecía se le iba á saltar la lengua; después dió fin á su camisa de hombre, sujetando con alfileres los puños y el cuello. La señora Putois había vuelto á emprenderla con sus enaguas.

—¡Vaya, hasta más ver!—dijo Virginia.—He bajado á comprar media libra de Gruyere, y creará Poisson que me he helado en el camino.

Había andado tres pasos por la acera, cuando volvió á abrir la puerta, diciendo que veía á Agustina al extremo de la calle, entreteniéndose en patinar con unos pilluelos. Hacía más de dos horas que la bribonzuela saliera de la tienda.

Llegó roja, jadeante, con su cesto al brazo, y el moño barnizado por una bola de nieve, y se dejó regañar con aire socarrón, diciendo que no se podía andar deprisa á causa del hielo. Tal vez algún granuja debió meterle, por guasa, pedazos de hielo en los

bolsillos, pues al cabo de un cuarto de hora, empezaron éstos á regar la tienda á manera de embudos.

Actualmente todas las tardes se pasaban del mismo modo. La tienda, en el barrio, era el refugio de todos los frioleros. La calle entera de la Goutte d'Or sabía que allí hacía calor. Por eso había siempre concurrencia de mujeres parlanchinas que se calentaban delante del hornillo, remangadas las faldas hasta las rodillas, haciendo la capillita. Gervasia, orgullosa con este privilegio, atraía á las gentes y daba reuniones; como decían las malas lenguas de los Lorilleux y los Roche.

Lo cierto es que la planchadora era servicial y caritativa hasta el extremo de hacer entrar en su tienda á los pobres, cuando los veía tiritar en la calle. Encariñose, sobre todo, de un antiguo obrero pintor, un anciano de setenta años, que habitaba en un desván de la casa, donde se moría materialmente de hambre y de frío. El infeliz había perdido sus tres hijos en Crimea y vivía de limosnas desde dos años atrás, por no poder ya sostener la brocha. Tan luego como Gervasia percibía al tío Brú dando patadas en la nieve para entrar en calor, le llamaba, le ofrecía un sitio junto al hornillo y á menudo le obligaba á comer un pedazo de pan y queso. El tío Brú, con su cuerpo doblado, su barba blanca y su rostro arrugado como una manzana vieja, permanecía horas enteras sin chistar, oyendo el chisporroteo del cok. Tal vez evocaba sus cincuenta años de trabajo sobre las escaleras de pintar, el medio siglo empleado en embadurnar puertas y en blanquear techos en los cuatro ángulos de París.

—¿En qué pensáis, tío Brú?—preguntábale á veces la planchadora.

—En nada y en todo—contestaba el anciano con aire distraído.

Las obreras bromeaban, diciendo que el tío Brú pasaba penas ocultas. Mas él, sin oírlas, recaía en su silencio, en su actitud taciturna y pensativa.

A partir de entonces, volvió Virginia á hablar con frecuencia á Gervasia de Lantier. Parecía complacerse en ocuparse de su antiguo amante, por el gustazo de

poner confusa á la planchadora, haciendo suposiciones. Un día le dijo que le había encontrado, y como la planchadora permanecía muda, no añadió palabra; mas al siguiente día le dejó entrever que le había hablado largo rato de ella, con mucha ternura. Gervasia estaba muy conmovida por estas conversaciones cuchicheadas en voz baja, en un rincón de la tienda.

El nombre de Lantier le causaba siempre una quemadura en el hueco del estómago, como si aquel hombre hubiese dejado allí, bajo la piel, algo de sí propio. A la verdad, creíase fuerte y quería vivir como mujer honrada, porque la honradez es la mitad de la dicha. Así, pues, no se acordaba de Coupeau, en este asunto, no teniendo nada que echarse en cara para con su marido, ni siquiera un mal pensamiento. En quien pensaba era en el herrero, con el corazón vacilante y enfermo. Parecíale que el despertar del recuerdo de Lantier en ella, aquella lenta posesión que la sobrecojía de nuevo, la hacía infiel para con Gouget, para con su amor no confesado y dulce como una amistad. Los días que se creía culpable contra su buen amigo, los pasaba tristes. Hubiera querido no sentir cariño sino para él, fuera de su matrimonio. Y este voto interior hablaba en ella muy alto y muy por encima de las suciedades que Virginia acechaba continuamente en el fuego de su faz.

Cuando llegó la primavera, buscó Gervasia un recurso en Gouget. Ya le era imposible pensar en algo; sentada en una silla, sin recordar en seguida á su primer amante. Veíale abandonar á Adela, meter su ropa en el fondo de su antigua maleta y volver á buscarla, con la maleta en el coche. Los días que salía á la calle, sobrecogíala de repente necios temores; figurábase oír los pasos de Lantier detrás de ella y no osaba volver la cabeza, temblando, imaginando que la cogía por el talle. De seguro que la espiaba; el día menos pensado se le presentaría de repente, y esta idea la bañaba de frío sudor, pues no tenía duda de que la daría un beso en la oreja, como tenía costumbre de hacer antaño, por terquedad.

Aquel beso era lo que la espantaba; de antemano la dejaba sorda, llenándole la cabeza de zumbidos, entre

los cuales no distinguía más que el ruido de su corazón latiendo acelerado. Así, pues, desde que tales miedos la asaltaban, la fragua era su único refugio y allí se tranquilizaba y allí sonreía, bajo el amparo de Gouget, cuyo sonoro martillo ahuyentaba sus malos ensueños.

¡Feliz temporada aquella! La planchadora se esmeraba particularmente con su parroquiana de la calle des Portes Blanches; siempre le llevaba ella misma la ropa, porque aquella excursión, cada viernes, era un pretexto, que ni de encargo, para pasar por la calle Marcadet y entrar en la fragua. Desde que doblaba la esquina, sentíase ágil, alegre, como si estuviese de campo, entre aquellos terrenos sin edificar, bordados de fábricas grises; la calzada ennegrecida por el carbón, los penachos de vapor en los tejados la regocijaban tanto como un sendero de musgo en un bosque de las afueras, serpenteando entre grandes ramilletes de verdor; y gustábase sobremana el horizonte descolorido, rayado por las altas chimeneas de las fábricas, el cerro de Montmartre que tapaba el cielo, con sus casas gredosas y salpicadas por los agujeros regulares de sus ventanas.

Después moderaba el paso al llegar allí, salvando las charcas, saboreando grato placer al atravesar los sitios desiertos é intrincados del taller de demoliciones. En el fondo brillaba la fragua, aun en plena mitad del día. Su corazón palpitaba al compás del danzar de los martillos. Cuando entraba, resplandecía en su rostro vivo carmín, y los rubios pelos de su nuca revoloteaban como los de una mujer que llega corriendo á una cita.

Esperábala Gouget, desnudos los brazos, desnudo el pecho, golpeando con más fuerza sobre el yunque, aquellos días, para que se le oyera de más lejos. Diríase que adivinaba su proximidad. Acogíala con una sonrisa silenciosa que se traslucía á través de su dorada barba. Mas ella no permitía que se distrajesse de su trabajo y le suplicaba que volviese á coger el martillo; pues le gustaba más verle blandiéndolo con sus gruesos brazos, ricos en músculos.

Dirigíase en seguida á hacer una cáncida á Esteban; siempre agarrado á su fuelle y permanecía allí una hora, mirando los pernos. Apenas cambiaban diez palabras. Y no habrían satisfecho mejor su ternura en un cuarto solitario, cerrado á doble vuelta de llave. Las fisgas de Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, no les es-torbaban, puesto que ni siquiera las oían.

Al cabo de un cuarto de hora experimentaba Gervasia cierta sofocación; el calor, el fuerte olor, los humos que salían le daban vértigo, á la vez que los sordos martillazos la estremecían desde los talones á la garganta. En aquellos momentos no deseaba nada; gozaba. Y aunque Gouget la hubiese dado un estrecho abrazo, no habría sentido una emoción más viva.

Acercábase á él para sentir azotadas las mejillas por el viento de su martillo, para encarnarse, por decirlo así, en el golpe que daba. Cuando las chispas punzaban sus manos tiernas, no las retiraba; muy al contrario, deleitábase aquella lluvia de fuego al cimbrarle la piel. Y el herrero, que de seguro adivinaba el placer que sentía la joven, reservaba para los viernes las tareas difíciles, á fin de galantearla con toda su fuerza y su destreza toda, excediéndose á sí propio, á riesgo de partir el yunque en dos, jadeante, estremecidos sus riñones por el deleite que le causaba.

Durante toda una primavera sus amores llenaron de esta suerte la fragua cual un rugido de tempestad. Era aquéllo un idilio en una tarea de gigante, en medio de las llamaradas de la hulla y los sacudimientos del cobertizo cuyo armazón negro de hollín crujía. Todo aquel hierro aplastado, amasado como cera virgen, guardaba las señales de sus ternezas. Los viernes, cuando la planchadora dejaba á Gueule d'or, subía lentamente por la calle des Poissonniers, contenta, saciada, tranquilos el cuerpo y el espíritu.

Poco á poco fué disminuyendo el miedo que le inspiraba Lantier. En aquella época hubiera vivido muy dichosa á no ser por Coupeau que, decididamente, iba de mal en peor. Un día, precisamente al regresar de la fragua, creyó reconocer á Coupeau en la taberna del tío Colombe, consumiendo rondas de vitriolo con

Mes-Bottes, Bibi-la Grillade y Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

Apresuró entonces el paso, para que no creyesen que les espiaba. Pero no por ello dejó de volver la cabeza, y distinguió á Coupeau que se echaba al co-leto su copa de aguardiente con el ademán de quien se halla familiarizado ya con dicho licor. ¡Mentía, pues, el tunante y se daba ya al aguardiente! Llegó á su casa desesperada, volviendo á sobrecogerla el espanto que aquel maldito líquido le causaba. ¡Beber vino, eso lo perdonaba, porque el vino alimentaba al obrero; pero los licores alcohólicos! no podía transigir con ellos, pues son cochinas, verdaderos venenos que le quitan al obrero el gusto por el pan. ¡Ah! ¡por qué no había de prohibir el gobierno la fabricación de tales porquerías!

Al entrar en la tienda, encontró la casa toda trastornada. Sus obreras habían dejado el mostrador y estaban en el patio, con la nariz hacia arriba. Interrogó á Clemencia:

—Es el tío Bijard que le está pegando una zurra á su mujer—dijo la oficiala.—Estaba esperándola en la puerta de la calle, borracho como un suizo, acechando su llegada del lavadero... La ha hecho subir la escalera á puñetazos, y ahora le está despachurrando dentro de su cuarto... ¿Oís los gritos?...

Aún estaba hablando Clemencia cuando Gervasia echó á correr hacia la escalera. Profesaba cierto cariño á la señora Bijard, su lavandera, que era una mujer de gran temple. Esperaba poner paz entre ellos. Llegada arriba, al sexto piso, encontró la puerta abierta de par en par. Algunos inquilinos, en el tramo, clamaban indignados, mientras que la señora Roche, desde el dintel, decía:

—¿Acabaréis de una vez?... Voy á buscar á los municipales, ¿oís?

Nadie se atrevía á entrar en el cuarto, pues conocían de sobra á Bijard, un bruto en toda la extensión de la palabra, cuando estaba borracho; y á decir verdad, nunca dejaba de estarlo. Los raros días en que trabajaba ponía un litro de aguardiente junto á su torno de cerrajero, y á cada media hora un solemne trago,

A tal grado llegaba su vicio, que puede decirse que no se sostenía sino con la bebida, y de seguro se habría encendido como una antorcha si le hubiesen aplicado un fósforo á la boca.

—¡Pero no podemos dejar que la despedace!—exclamó Gervasia trémula.

Y entró. El cuarto, abohardillado, muy limpio, estaba frío y desnudo, vaciado por las curdas del marido, que sacaba las sábanas de la cama para beberse el producto.

En la lucha, había rodado la mesa hasta la ventana; y las dos mesas estaban volcadas. En el suelo, en mitad de la habitación, yacía la señora Bijard, con las enaguas mojadas todavía por el agua del lavadero y pegadas á sus muslos, arrancados los cabellos, manando sangre, respirando con lastimoso estertor, interrumpido por prolongados ¡ay! ¡ay! á cada talonazo de Bijard. El infame había comenzado por derribarla á puñetazos; actualmente la pisoteaba.

—¡Ah, puta!... ¡ah, puta!... ¡ah, puta!...—gruñía con voz ahogada, acompañando con este mote cada golpe, enloqueciendo al repetirlo, y golpeando más y más fuerte á medida que le iba faltando la voz. Y después, cuando la perdió por completo, continuó pegando silencioso, loco, rígido, en su chaquetón y delantal andrajosos, amoratada la faz debajo de su barba sucia, y salpicada su ancha frente de grandes manchas rojas.

En el tramo, los vecinos decían que la zurraba porque le había negado veinte sueldos aquella mañana.

Oyóse á esto la voz de Roche desde el pie de la escalera, llamando á su mujer y gritando:

—Bájate; déjales que se maten; así habrá unos canallas menos.

Entre tanto el tío Brú había entrado en el cuarto siguiendo á Gervasia, y entre ambos trataban de serenar al cerrajero, empujándolo hacia la puerta. Mas él se volvía adentro, mudo, cubiertos de espuma los labios; y en sus pálidos ojos el alcohol ardía, encendiendo una llama de homicidio. La planchadora sacó magullada su muñeca, y el anciano fué á rodar bajo la mesa. En el suelo la señora Bijard respiraba con

más fuerza, abierta la boca desmesuradamente y cerrados los párpados.

A la sazón, ya no acertaba Bijard á darle golpes; volvía, se encarnizaba, golpeaba á un lado, rabioso, ciego, y alcanzándole á sí propio algunos de los puñetazos que lanzaba al vacío. Y durante esta horrible escena Gervasia contemplaba, en un rincón del cuarto, á la pequeña Lalia, niña de cuatro años, la cual miraba cómo su padre pegaba á su madre. Y la pobrecita tenía en sus brazos, como para protegerla, á su hermana Enriqueta, destetada el día anterior. Y permanecía en pie, con un pañuelo de percal en la cabeza, pálida y grave. Y su mirar era profundo, con fijeza preñada en pensamientos y sin una lágrima.

Cuando Bijard tropezó con una silla y cayó tendido en el suelo, dejéronle roncar, y el tío Brú ayudó á Gervasia á poner en pie á la señora Bijard. Esta, á la sazón, echó á llorar con grandes sollozos; y Lalia, que se había acercado, contemplaba su lloro, habituada á escenas tales, ya resignada. La planchadora al bajar á su tienda, no podía apartar de su memoria aquella mirada de la niña de cuatro años, grave y animosa como la mirada de una mujer.

—El señor Coupeau está en la acera de enfrente—gritó Clemencia desde que la vió.—¡Parece algo achispado!

Precisamente atravesaba el arroyo Coupeau y estuvo á punto de romper un cristal de la tienda con el hombro, no acertando con la puerta. Traía una borrachera de aguardiente, con los dientes apretados y la nariz encarnada. Y Gervasia reconoció al momento el vitriolo de la taberna en la sangre envenenada que le empalidecía la piel.

Quiso bromear y acostarle, como hacía los días en que tenía el vino bonachón. Mas él la dió un empujón, sin despegar los labios, y al pasar, en dirección á su cama, la amenazó con el puño. Parecíase al otro, al borrachón que roncaba arriba, cansado de pegar. Y entonces la infeliz se quedó como helada, pensando en los hombres, en su marido, en Gouget, en Lantier, destrozado el corazón, desesperando de ser feliz en su vida.